es muy equitativo, y más bien querrá pecar por exceso de bondad, que por sobra de rigor y austereza, y por consiguiente, creo haberme arrimado á buen árbol. Si acaso extrañares la falta del canto XVIII de la II parte en esta versión, te suplico no te vayas luego de espaldas, y desde ahora te hago saber que lo omití por razón de que todo él es una especie de extracto de los escasos conocimientos que en las ciencias naturales poseía el siglo de nuestro Autor, quien en dicho canto pondera como grandes inventos, cosas que en éste nuestro que parece haberle arrancado todos sus secretos á la naturaleza, se ven ya con cierta indiferencia que casi raya en desprecio. Quizá más tarde pueda obsequiar á mi lector presentándole el mismo canto acomodado á los maravillosos y principales inventos de nuestro siglo, siguiendo fielmente las huellas de nuestro poeta é imitando su estilo en cuanto me sea posible, y así resulte tal vez un trabajo de más actualidad y oportunidad. Por ahora me disculpo con aquello de Horacio en su arte poética: *et quae desperat tractata nitescere posse, relinquit.* Podía hacerte algunas otras observaciones, que omitirlas aquí es bello y prudente, así como en otras circunstancias sería el sacarlas del tintero, donde por ahora, las dejaremos sin meneallas.

Si cumplí con mi palabra dada de no prologar, lo celebro demasiado, si algo me extralimité, te pido mil perdones; y termino despidiéndome de tí muy cordialmente, y muy satisfecho á la vez, por dejar en tus manos esta preciosa joya, desenterrada ya de la obscura y olvidada huesa en que yacía.

Zamora, 4 de Septiembre de 1895.

# DISCURSO PRELIMINAR

## POR E. F.

## A la muy floreciente juventud mexicana.[1]

CUANDO SALIO A LUZ LA TERCERA EDICION LATINA, PUBLICADA EN CESENA EL AÑO DE 1780.[2]

Hé aquí, jóvenes distinguidísimos, de regreso entre vosotros, casi después de trece años, á vuestro esclarecido Diego José Abad, que vivirá eternamente en vuestra memoria. Aquel Abad mismo, en quien por diez enteros años, habeis tenido un tan insigne maestro en los estudios de Humanidades, Filosofía, Teología, y ambos Derechos: para que, bajo su sábia dirección formados, y colocados después en los más altos puestos; pudiérais ser ahora un brillante ornamento de nuestra ciudad y de vuestra Patria dulcísima. Aquel Abad, digo, erudito y sublime, cobijado al nacer, por un cielo tan sereno y benigno, bajo el cual bosquejó, esta nobilísima obra; la que habiendo ahí casi concluido, y después en Italia enriquecido y cincelado con mucho esmero, dió finalmente á luz, entre universales aplausos, quedando así, su nombre consagrado á la inmortalidad. El mismo Abad, que viendo cada día más y más impugnados las Dogmas santísimos de Cristo con la mayor audacia, con todo género de artificios, por aquella turba fementida de los que arrogándose al nombre de *Filósofos*, de la manera

1 Creí oportuno y grato al lector mexicano este discurso preliminar que figura en la tercera edición latina, porque realza mucho las glorias de nuestra patria. Es de lamentarse que su autor no haya puesto sino las iniciales de su nombre que por consiguiente queda oculto. Probablemente es el mismo autor de la biografía del Poeta, que á continuación publico. Los grandes elogios con que él es encomiado en éstas y en las siguientes páginas, podrán parecer algo recargados de colorido: pero adviértase que en boca de un extranjero merecen pleno crédito, y en efecto, todos estos documentos fehacientes nos dan á entender el concepto que de nuestro Poeta se tenía entre los literatos Europeos. Su autor, según se hecha de ver en las últimas palabras de este discurso, fué alguno de los insignes literatos de la Academia de Bolonia, amigo del Poeta.

2 Traducción del original latino.

más soéz trataban de denigrar la Religión de nuestros antepasados: creyó ser un deber suyo, impulsado del amor á la verdad, tomar á pechos su defensa, y presentar ante todo á la inconsiderada juventud un antídoto, preparado con todos los atractivos y halagos de la Poesía, para que aquella no se dejara incautamente seducir y despeñar, alucinada por las galas y lisonjas de estilo de que aquellos se valían como de otros tantos auxiliares. A vosotros en particular, jóvenes muy amables, quienes por tantos vínculos, lo mismo que yo, fuisteis con él enlazados por la madre naturaleza, quiso con justísima razón, consagraros todos sus trabajos, todos sus desvelos. No fué otra su mira, sino que vosotros pudiérais guardar firme é intacta, entre tantos delirios y pestíferos errores de este siglo, aquella Fé, que por un singular beneficio de Dios, recibísteis incorrupta de vuestros mayores, y de la misma manera hasta aquí habeis conservado. A vosotros, digo, los más privilegiados de los mortales, á quienes Dios tan liberalmente colmó de sus dones, que juntamente con un dulcísimo clima, con una exhuberante abundancia de toda clase de frutos, más allá de lo que pudiera tenerse en delicias; os enriqueció también y dotó de una índole noble, de suaves y exquisitas maneras y de un ingenio penetrantísimo para todos los ramos del saber humano. Porque ¿á qué enumerar cuántos hombres esclarecidos hayan un tiempo sobresalido entre vosotros, y aun ahora; esos mismos que tantas veces habéis admirado en los templos, en las escuelas, en el foro, en paz y en guerra, ya como elocuentísimos oradores, ya como sublimes teólogos, ó sutiles filósofos, ya como hábiles é invictos capitanes, y finalmente, como prelados y dignísimos pastores, cuyos écos de gloria han hecho resonar todos los ámbitos del Nuevo Mundo. ¿Quién ignora cuántos insignes doctores y maestros hayan florecido un tiempo y florezcan aún en la Insigne y Pontificia Universidad Mexicana, liceo y emporio de todas las ciencias en América, y seminario de grandes hombres, bajo cuya disciplina y cuidado modelada la más distinguida juventud, y educada en lo sublime y hermoso de las artes; ahora brilla en altas y conspicuas dignidades y descuella como un foco de erudición y doctrina, y esos fulgores ilustrarán más tarde la república literaria. Teneis ciertamente registrados en vuestros patrios anales, los nombres de aquellos personajes, que, como gloria eterna de vuestra patria, é insigne ornamento de aquella Universidad, ninguna edad podrá hundir en el polvo del olvido. Figuran en ellos los Dávilas



los Sigüenzas, los Padillas, los Alarcones, los Roxas, los Nietos, los Eguiaras, los Seguras, los Villas, los Portillos y Lazcanos y otros en gran número, quienes ó por la excelencia de doctrina fueron elevados á encumbradas dignidades entre vosotros, ó por sus obras dadas á luz llenas de la más vasta doctrina, quedaron por la fama colocados en el templo de la inmortalidad aun entre países extranjeros. Omitiré aquellos que, ó habiendo desempeñado brillantes legaciones entre los príncipes de Europa, como Casado, cubrieron de imperecedera gloria la Academia y ciudad de México; ó habiendo figurado en importantísimas magistraturas como Vertizio, conquistadas por la gloria de las armas, fueron siempre el más alto blasón de su distinguidísima familia, y de toda nuestra nación. Cuyas glorias al traeros á la memoria, y al proponeros hoy en Abad un muy reciente patrio monumento de elegantísima Poesía latina y de exquisito gusto, ¿por qué no os podré encender grandemente en el amor hácia aquellos estudios á que sentís vosotros una vehemente tendencia, y á los que en cierto modo, aun renuentes, os impelen la valentía de vuestros ingenios y la amable apacibilidad de vuestra índole, y finalmente aquella dulcísima clemencia y eterna sonrisa de vuestro cielo, que ni es abrumado por las perezosas tinieblas invernales, ni se os muestra rígido y austero bajo la influencia de perpetuos hielos, de perpetuas nieves, ni es abrasado por los insufribles ardores del Estío. A los estudios, digo, de las humanas letras, y principalmente al cultivo de la aurea latinidad tanto en verso, como en prosa; para que dichos estudios os abran las puertas á todas las ciencias, y os coloquen en ese campo amenísimo, cruzado todo por manantiales de las más nobles y puras delicias. Apercibidos, en verdad, de estos conocimientos, podréis penetrar en el augusto santuario de la sagrada y civil elocuencia: y ¿qué podría hallarse de más sublime y digno de un joven formado en los científicos planteles, qué aureola más capaz de ceñir las sienes de vuestra gloriosa patria? ¿Manejando tan solo estas armas de la elocuencia, aquel Marco Tulio, nuevo en la República como él mismo se llama, y nada señalado ni por los timbres de sus abuelos, ni por la nobleza de linaje; pudo abrirse paso á la cumbre de la suprema gloria, y conquistarse tan amplios y distinguidos honores en el Senado. Y aquella misma gloria y aun mayor, ó al menos más duradera, con que supieron coronar sus frentes los Camilos, los Escipiones, los Marios, los Pompeyos, los Césares y otros invencibles caudillos, esclarecidos por nobilísima

estirpe, y por el valor militar y por sus señalados triunfos con que engrandecieron también al Pueblo Romano; esta misma supo aquel granjearse con la sola majestad de su elocuencia y con su inmortal y casi divino estilo con que hacía oír su voz en medio de un pueblo potentísimo. Animo, pues, oh juventud mexicana; trabajad con todas vuestras fuerzas, para que dedicándoos al estudio de la más pura latinidad, tomada principalmente de las fuentes de Tulio y de los otros príncipes del siglo de oro, podáis finalmente poseerla por medio de un serio y constante estudio, y con el trabajo y tesón de muchos años. Esto, en verdad, os exige primeramente vuestra Patria carísima, deseosa de que á esas riquezas y tesoros que la naturaleza derramó tan pródigamente en su fecundo seno, les déis vosotros más altos quilates y un más vivo esplendor, difundiéndolas en extranjeras regiones. Esto os exige la nobleza de vuestras familias; pues de este modo las glorias de vuestros mayores, y sus timbres conquistados en el palenque del honor, formarán también la rica herencia de vuestros hijos, que rodeada de este nuevo brillo, será por ellos más y más aumentada y enriquecida. Esto finalmente os reclama en cierta manera la misma Augusta Religión, para que armados de esta invencible espada, podáis derrotar y quebrantar á sus enemigos, frecuentemente más y más feroces y envalentonados por el orgullo literario, y por sus nuevas y artificiosas armas, y embotar todos sus atentados y sacrílegos esfuerzos con el fulgor y la majestad de la lengua del Lazio, y con la pureza y hermosura de estilo. Y si á este ameno estudio de las letras, asociáreis la lectura de las Santas Escrituras; ¡Dios inmortal! qué caudal tan rico é inagotable allegaréis, bebiendo en este caudaloso río de la más pura y sublime elocuencia. "Allí en verdad (para usar de las palabras de San Cipriano)[1] se os representarán espectáculos dignos de la Fé: veréis á Dios fabricando al mundo por su misma mano, y en seguida de los séres irracionales, ocupado en la más importante y sublime obra de sus manos ó sea el hombre: veréis ese mismo mundo inundado en sus delitos, merecer el castigo de un naufragio universal; admiraréis los premios de los justos, los suplicios de los impíos; os llenará de pasmo ver los mares desecados en beneficio de su pueblo, y por otra parte brotar de las rocas, torrentes de cristalinas aguas; presenciaréis abundantísimas cosechas de mieses, no ya recogidas de las terrenas parvas sino de las inmensas eras celestiales; os

1 Libr. de spectaculis.



asombraréis al ver secos los vados de los ríos, que ostentan refrenados los impetuosos caudales de sus aguas; contemplaréis á la Fé luchando con las llamas, las fieras domadas por la Religión, y trocada en mansedumbre su innata fiereza. Encontraréis vosotros, asimismo, en los Sagrados Libros los más grandes fastos de la divina Sabiduría, y un trasunto de la más augusta y verdadera sublimidad, y que en vano pretenderíais buscar en otras fuentes. Esta de tal manera llenó de admiración á Emilio de Apamea, á Dionisio Longino, y á otros muchos emancipados al culto de los falsos Dioses y á la más soez superstición, que no se cansaban de ponderar aquella noble majestad de sentencias del todo divinas, y aquel brillante esplendor de figuras, realzado por su misma sencillez. Y, en verdad, esta fué siempre la principal fecundísima fuente en que bebió Abad; de donde él repetidas veces confesaba haber derivado aquellas formas espléndidas, y llenas de esa digna gravedad que á cada paso resalta en esta obra; como quien había muy bien sabido amalgamar con el estudio no interrumpido de los latinos modelos, la atenta y constante lectura de las Santas Escrituras. Por lo tanto, oh jóvenes distinguidísimos, no os puedo ofrecer un mayor testimonio inequívoco de mi cariño y reconocimiento para vosotros, que esta misma excelente obra, que recibida de las manos de mi moribundo amigo, y bañada por mis lágrimas y por él mismo recomendada; ahora por tercera vez doy á luz bajo vuestros auspicios. Pues en ella paladearéis el sabor de una exquisita latinidad, y la sublimidad poética y las delicias de la erudición; y lo que es aún más importante, hallaréis allí con grande aprovechamiento vuestro, los misterios augustísimos de nuestra Religión expuestos con aquella dignidad que pueda estar al alcance de un mortal. Recibid, pues, este noble trabajo entre los más vivos trasportes de vuestro ánimo, y tenedlo siempre en vuestras manos como un libro propio de vuestra educación; hojeadlo de día y de noche en su constante y atenta lectura, seguros de que en él dejaréis á vuestros hijos y nietos queridos una herencia más preciosa que todas las riquezas. Nada más me resta, que: después de haber cumplido, según mis fuerzas, con el deber de amigo y también de ciudadano; rogar y suplicar á Dios O. M. que guarde y conserve en toda prosperidad á vosotros, á vuestra floreciente Patria, y á la juventud que vendrá en pos, segundas esperanzas de México.—*Valete.*

En Bolonia, el primero de Junio, 1780.

# ENSAYO BIOGRAFICO DEL AUTOR.[1]

A ruegos de muchos, sale finalmente á luz la tercera póstuma edición de la obra del renombrado Diego José Abad, ó Jacobo José Labeo, pseudónimo con que quiso ocultarse en las dos primeras. Apenas se había él despedido de los vivientes, dejando un gran vacío en el Parnaso latino, cuando muchos amigos, sabedores de que en los últimos días de su vida, añadiera el Autor á su primer trabajo otros cinco cantos con el mismo estilo y majestad de argumento, y que aun después de haber ya publicado todos los anteriores, dejó algunas otras, no pocas cosas para que se les interpolaran, aunque ya torneados por tercera vez; empezaron á urgirme más y más, y aun estrecharme en escuadrón compacto para que, puesto que en mi poder se encontraban todos los manuscritos del Autor, tomara yo por mi cuenta formar una correctísima edición, trasladando así al dominio del público toda la obra ya completa, sin excluir ninguna de las adiciones que en su respectivo lugar debían insertarse. Estos ruegos sostenidos por los títulos de amistad, Patria y Religión y de cuanto hay de grande y sagrado entre los hombres, vencieron en mí toda resistencia. Obsequiando, por tanto, los deseos de mis amigos y pronto á cumplir con un deber, empecé á despuntar dicha faena sin tropezar con otra dificultad que la de reunir en un todo, aquellos nuevos aditamentos que el Autor había diseminado aquí y allí, ordenando todas estas partes en un armonioso conjunto, que le diera absoluto complemento á la obra. Concluidas estas diligencias, puedo ya presentarte, lector benévolo, esta edición, dividida en dos partes: la primera trata de *Dios*; la segunda, de *Cristo Señor Nuestro*. Pero ántes de exponer lo que concierne á la obra en general, me pareció cosa de importancia fijar de antemano nuestra atención en el Autor y trazar algunos

1 Traducción del original latino.